

apelacion al tribunal de Dios, ni ofreciéndole ningun resarcimiento ni recompensa, ¿qué sucederá á este infeliz cuando todos los tribunales de la tierra le nieguen su justicia, ó no le sacudan de encima la férrea mano de su injusto opresor? Sucederá que caerá en la desesperacion, y esta desesperacion vendrá por lo regular á terminar con el suicidio.

Las ventajas é influencia social de este novísimo son demasiado palpables para que nos detengamos á presentarlas. Dirémos con Atenágoras: «Porque estamos bien persuadidos de que hemos de dar cuenta á Dios de nuestra vida, *«por eso* llevamos una vida moderada y virtuosa, sin hacer mal á nadie ni vengar el que nos hacen, sabiendo que tomaremos á su cargo hacerlo el supremo Juez de todos (1).»

§ III.—*Inferno.*

Todos los pueblos del universo han tenido la idea y la conciencia de este novísimo, como confiesa el mismo Voltairre (2); idea mas clara ó mas oscura, mas divergente ó mas aproximada al infierno cristiano. Los romanos recibieron esta creencia de los griegos, y estos de los egipcios, como lo indica Diodoro Sículo. Zoroastro (3), Hermes, Trimegistro, Orfeo Meneo, Homero, Disilo de Sínope, Zenon, Sócrates (4), Platon, Ciceron, Séneca, Virgilio (5), Ovidio, César (6), Celso (7), todos convienen en un lugar de expiacion preparado para los culpables despues de la muerte. En el Nuevo Mundo se halló tambien establecida esta creencia, y hasta el Coran la cuenta entre sus dogmas. «No somos los únicos, decia Octavio refutando al pagano Cecilio, no somos los únicos que creemos en los infiernos y en un fuego vengador

(1) «Sed quia persuasum habemus reddituros nos totius hujus vite rationem ei qui, et nos et mundum condidit, Deo; moderatam et humanitatis plenam et aspernabilem vitam sectamur; nihil hic mali, etiamsi si quis vitam eripiat, passuros arbitrati, quod quidem cum iis conferendum sit, quæ illic à magno iudice ob vitam mansuete et benigne et moderate actam consequemur.» (*Legatio pro christianis*, numero 12).

(2) *Cartas á algunos judíos.*

(3) *Zend-Avesta.*

(4) En Platon.

(5) *Eneida*, VI.

(6) *De bello gallico.*

(7) En Orígenes.

«que castiga á los malos; vuestros poetas han trazado muchas veces el cuadro (1).» Lo mismo echaba en cara Arnobio á los gentiles que se burlaban de este dogma (2). Acaso no hay dogma cristiano tan universalmente reconocido como el del infierno, el cual está en la conciencia de todos y puede llamarse el dogma del género humano; y sin embargo nuestros sofistas, mas sábios sin duda que todo el mundo, han descubierto ser una impostura.

El Politeísmo forjó al capricho multitud de lugares y de medios de dolor y de tormento para despues de la muerte (\*). Pero únicamente el Cristianismo ha justificado el infierno y sus penas presentándole como lugar de tormento y castigo de verdaderos delitos y crímenes reales, y no como instrumento de caprichos crueles y tiránicos, ó de venganzas personales é iníquas.

La creencia de este novísimo dignifica y hace feliz al hombre y á la sociedad de una manera indirecta, pero muy poderosa; dado que el temor que inspira retrae del vicio y del crimen, que son la degradacion y la desdicha misma del hombre y de la sociedad. «A pesar de las amenazas terribles del Criador, decia Tertuliano á Marcion, apenas podemos abstenernos del crimen. ¿Qué sucederia si no amenazara?

(1) Marci Minucii Felicis *Octavius*, cap. 35.

(2) «Audetis ridere nos cum gehennas dicimus, et inextinguibiles quosdam ignes in quos animas dejici ab earum hostibus inimicisque cognovimus? Quid? Plato idem vester in eo volumine quod de animæ immortalitate composuit, non Acherontem, non Stygem, non Coeytum fluvios, et Pyriphlegethontem nominat in quibus animas asseverat volvi, mergi, exuri?» (*Adversus Gentes*, lib. II, num. 14).

(\*) «Recorred el mundo, dice el P. Ventura de Ráulica, consultad su historia, registrad sus archivos; vosotros no encontraréis en ningun tiempo, ni en ningun lugar, pueblo alguno judío ó gentil, cristiano ó pagano, bárbaro ó civilizado que no haya creído ó que no crea al presente en la eternidad de las penas de la otra vida, y que no haya rechazado con horror el sueño sacrilego del aniquilamiento de las almas despues de la muerte que ciertos filósofos impíos han forjado en el cielo del vicio y han procurado colocar entre las tradiciones... Sobre este punto esencial, la supersticion habla como la religion, y la tradicion como la verdadera filosofia, Homero, Hesíodo, Virgilio y Ovidio como san Pablo, y la mitología como el Evangelio.» (*Conferencia XXI*, sobre la eternidad de las penas).

Esto le obligó al escéptico Bayle á confesar «que todas las religiones del mundo tanto las verdaderas como las falsas (difícil es acertar las que eran tales en su concepto) giran sobre este gran punto, que hay un Juez invisible que castiga y que recompensa despues de esta vida «las acciones del hombre tanto exteriores como interiores.» (*Diccionario*, artículo *Espinosa*, citado por el P. Ventura).

«¿Llamaréis un mal á la justicia, que no puede sufrir el mal?  
«¿Negaréis que ella es un bien, puesto que produce el  
«bien (1)?»

«Cesa por un momento de charlar, dice oportunamente  
«Rousseau (2), dirigiendo la palabra á un sofista como él, y  
«discurriendo sobre los ventajosos efectos morales y socia-  
«les del Pul-Serrho (especie de purgatorio mahometano),  
«cesa de charlar y dime sin ambages, ¿qué sustituyes al te-  
«mor del infierno para hacer á los hombres virtuosos?» Pa-  
«labras que indican la plena conviccion que abrigaba este  
«corifeo del Filosofismo acerca de la influencia eminentemen-  
«te moral y civilizadora de esta institucion ó novísimo, aun  
«cuando, transigiendo por un momento con las pretensiones  
«de los sofistas, les concediéramos que sea supersticioso y  
«falso. Bayle veia tambien en la creencia de las penas y re-  
«compensas futuras «el apoyo mas firme de las sociedades,  
«por inclinar á los hombres á la virtud y separarlos del vi-  
«cio (3).» «La Religion, dice tambien, es uno de los víncu-  
«los de la sociedad, como se ha reconocido en todos tiem-  
«pos; y los súbditos nunca han obedecido mejor que cuando  
«se ha hecho intervenir á este objeto el ministerio de los dio-  
«ses (4).»

«Si todos los hombres (escribe Pomponacio (5), muy sos-  
«pechoso de ateismo), si todos los hombres naciesen con un  
«excelente carácter, las bellezas de la virtud y sus ventajas  
«bastarian para obligarles á todos á obrar bien; pero como  
«el mayor número tiene malas inclinaciones, fue necesario  
«*por el bien comun* (enorme es la calumnia que va á proferir  
«contra la Religion; pero aun ella misma es una confesion  
«de la grande influencia social de este dogma: calumnias  
«hay que honran) imaginar las penas y recompensas de la  
«otra vida, porque esta creencia puede ser útil á los hom-  
«bres.»

Ella es un poderoso vínculo social, un foco de virtud, y

(1) «Horremus terribiles minas Creatoris, et vix à malo avellimur.  
«Quid si nihil minaretur? Hanc justitiam malum dicēs, quæ malo non  
«favet? Hanc bonum negabis, quæ bono prospicit?» (*Lib. II, cap. 13*).

(2) *Emilio*.

(3) Citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Incrédulo*.

(4) *Pensamientos sobre el cometa*, citado por el mismo en el *Tratado his-  
tórico*, parte 1, cap. 2, art. 2.

(5) *De immortalitate animæ*, cit. ibid.

un freno del vicio. San Agustin confiesa «que nada le retraia  
«mas de él que el miedo de la muerte y del juicio futuro (1).»  
«Ella es tan altamente social, escribe Gaume (2), que el dia  
«en que se lograra borrar esta verdad fundamental la socie-  
«dad pereceria.» ¿No os parece hallar una prueba incontes-  
table de esto al ver á fines del pasado siglo al Filosofismo  
impío amenazando convertir la sociedad francesa en una  
anarquía horrorosa al compás de las ridículas vociferaciones  
de *abajo el infierno?*

El infierno, «que no fue criado para que los malos fuesen  
«eternamente desgraciados, sino para que no hubiese ma-  
«los (3),» nada tiene de terrible para el hombre recto y vir-  
tuoso (\*). «Guárdame de todo pecado, y no temeré la muer-  
te ni el infierno,» dice el libro *De la Imitacion de Cristo* (4).  
«El malo, observa tambien el P. Rodriguez (5) comparando  
«al moribundo con el prisionero, el malo cuando oye sonar  
«la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprie-  
«ta, teme y pésale mucho, porque, como tiene llagada su  
«conciencia, cree que es para echarle en la hoguera del in-  
«fierno para siempre jamás. Pero el que tiene buena con-

(1) *Lib. VI Confess.*, cap. 16.

(2) *Catecismo de perseverancia*.

(3) Lamourette, *Delicias de la Religion*, cap. 12.

(\*) Oigamos discurrir sobre el particular al talento claro y profundo  
del A. Lamourette: «Solo para los impíos es una verdad terrible (el in-  
fierno); porque solamente se entiende con ellos, y solo por ellos forma  
una parte de la Religion. Como en el sistema práctico de la fe no hay  
pena eterna, el que no puede soportar la idea de que haya infierno de-  
be darse prisa en asociarse al partido de las personas para quienes en  
efecto no existe... El suplicio preparado á los malos no derrama amar-  
gura sobre los hombres de bien. Solo los que siguen sus pasiones se  
ven precisados á sufrir todos los terrores de la eternidad. El verdadero  
cristiano no conoce porvenir desgraciado; el infierno queda anonada-  
do para él, y mientras los impíos que niegan su existencia sufren ya  
en esta vida su formidable rigor, el mas ilustrado y mas cuerdo disfru-  
ta exclusivamente de la seguridad á la cual querrian llegar aquellos,  
y posee en realidad lo que ellos buscan en balde: es decir, la ventaja de no  
temer las amenazas que fulmina el Evangelio... Los castigos prepara-  
dos al hombre vicioso no turban jamás la dulce alegría que reina en el  
fondo de su alma (la de los virtuosos)... Solo les ocupa la idea de la glo-  
ria preparada á los que hayan creído y esperado en Jesucristo: no ven  
otro estado en el porvenir que el de los hijos de Dios. Su alma está tan  
llena y embriagada de la magnificencia de las promesas de la Religion,  
que no da lugar á sentimiento alguno de terror; y se cree ya en pose-  
sion de la soberana felicidad.» (*Delicias de la Religion*, cap. 12).

(4) *Lib. III*, cap. 17.

(5) *Conformidad con la voluntad de Dios*, cap. 19.

«ciencia se huelga, porque entiende que es para darle libertad y descanso para siempre.»

Los impíos se ensañan contra una religion que profesa dogmas como el infierno que hacen *vivir al hombre temblando continuamente*, y contra un Dios *que condena por una eternidad* (1). Pero el afirmar que atormenta esta idea solamente, significa que no se tiene la conciencia en muy buen estado. No es, pues, extraño que estos tales pregunten con el epicúreo Veleyo: «¿Quién puede soportar el yugo de un Señor eterno, temible dia y noche, que cuida de todo, que todo lo ve, que nada olvida (2)?» ; *Qué idea tan espantosa!* exclama el autor de la *Sensatez* (3), sin advertir que lo que realmente le espanta es su conciencia. Algunas veces este terror les impele á erigirse en apologistas de una fraccion de Dios. Ensalzan hasta las nubes su bondad y misericordia olvidándose de su justicia, y fallan: *la creencia de un infierno es contraria á la bondad divina* (4).

Resulta, pues, que la creencia del dogma y postrimería del infierno es tan aterradora para el malvado, como indiferente para el hombre recto y virtuoso, y que en todo caso es una creencia dignificadora y benéfica para el hombre y para la sociedad por lo que tiene de represiva del vicio y del crimen. Pues bien; el Protestantismo quita á esta creencia su fuerza represiva y su civilizadora influencia por medio del *comodin* de esa *su fiducia*, velo tupido con que pretende cubrir todo género de crímenes dándolos al olvido divino. Y el Filosofismo mas contundente aun ha entreabierto sus labios impíos para reirse del infierno que ha negado; de ese mismo infierno que es una fatalidad para todo sofista é incrédulo no poder negar tambien en la hora de la muerte!!

«Insensatos de nosotros, exclamarán en él: tuvimos en el mundo por locura la vida de los virtuosos (5); pero, ¡ay! nosotros somos los que hemos errado el verdadero camino (6)!»

(1) El autor del *Buen sentido*, citado por Bergier en la introduccion puesta al *Diccionario de teología*.

(2) Cic. *De natura Deor.* lib. I, n. 54.

(3) Cic. *ibid.*

(4) El autor del *Buen sentido*, *ibid.*

(5) «Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore.» (*Sap.* v).

(6) «Ergo erravimus à via veritatis.» (*Ibid.* vi).

§ IV. — *Gloria.*

Así como todas las religiones idólatras y politeistas concibieron la idea de un infierno, tuvieron de la misma manera la idea de un paraíso ó lugar de delicias para las almas despues de la muerte, como, v. g., el Olimpo ó Elíseo, el cual remedó en cierto modo en su rio Leteo el purgatorio cristiano, el paraíso del *Coran*, etc., etc. Fenelon hizo en su *Telémaco* una hermosa pintura de la gloria del justo (\*).

No es necesario decir que la creencia, y por consiguiente la esperanza de la gloria, último novísimo, consuela sobremanera al hombre, ni que esta creencia le dignifica, puesto que es una creencia sublime y elevada. Tambien es esta creencia dignificadora y felicitadora por inverso motivo que la del infierno, porque así como el infierno, presentándose como castigo del vicio, le refrena y en ello disminuye la degradacion y la desdicha; de la misma manera la gloria, ofrecida como premio de la virtud, aumenta la virtud y en ella la dignidad y la felicidad. Pero, por desgracia y justo castigo del vicio y de la incredulidad, así como el terror del infierno pertenece al perverso y al incrédulo, y nada al virtuoso y al cristiano verdadero, así tambien todo el consuelo y la alegría de la gloria pertenece al virtuoso y verdadero

(\*) «Una luz, dice, pura y dulce se esparce al rededor de los cuerpos de los hombres justos y los cerca con sus rayos cual si fuesen un vestido; esta luz no es parecida á la luz melancólica que alumbrá los ojos de los míseros mortales, y que no es mas que tinieblas: mas bien es una gloria celestial que una luz; penetra los cuerpos mas opacos con mas sutileza que los rayos del sol un cristal puro, jamás deslumbra, sino que antes bien fortifica los ojos, y lleva hasta el fondo del alma una serenidad inexplicable. De ella solo se alimentan los hombres felices; sale de ellos y en ellos vuelve á entrar: los penetra y se incorpora á ellos del mismo modo que los alimentos se incorporan á nosotros. Ellos la ven, la sienten y la respiran: hace nacer en ellos un manantial inagotable de paz y de gozo, se ven sumergidos de delicias como los peces en el mar, nada mas quieren: todo lo tienen sin tener nada, porque ese gusto de la luz pura mitiga el hambre del corazon.»

«...Una eterna juventud, una felicidad sin fin y una gloria del todo divina están pintadas en su rostro, pero su alegría nada tiene de loca ni de indecente: es una alegría dulce, noble y llena de majestad. Es el gusto sublime de la verdad y de la virtud lo que los enajena; están sin interrupcion y á cada momento en el mismo arrebató de corazon en que está una madre que vuelve á ver á su querido hijo que habia tenido por muerto; pero esta alegría, que huye pronto de la madre, nunca se aparta del corazon de estos hombres.» (*Lib. XV*).

cristiano, y nada al malvado y al ateo : ¡qué decimos nada! Sí: les corresponden y son suyos todos los tormentos de la desesperacion y de la envidia.

Si, pues, la creencia del novísimo de la gloria dignifica y hace feliz al hombre por lo que le impele hácia las virtudes que fomenta, veamos rápidamente la respectiva influencia en esta materia del Catolicismo, de la Reforma y de las sectas filosóficas.

El Catolicismo no concede la gloria á la fe sola, ó sin las buenas obras; y por medio de esta condicion *sine qua non*, que pone delante al hombre, le mueve suavemente á la práctica de las virtudes, y con ellas á la elevacion y á la dicha, promoviendo tambien de esta manera la tranquilidad y el órden social.

El Protestantismo alarga la gloria á la fe sola ó desnuda de las buenas obras: mas: se la concede al grande *criminal* con tal que sea (condicion poco trabajosa en verdad) mayor creyente; esto es, mayor hipócrita, mayor sacrilego y mayor blasfemo; y esta adquisicion á tan poco precio, tan fácil y sencilla, de la gloria que tan mal se concilia con su *fatum* de la predestinacion absoluta, le constituye en una total inaccion para la virtud, ó lo que es peor, le sirve de aliciente y de estímulo poderoso para el crimen que destierra su dignidad y su dicha, y acarrea la perturbacion social. ¿Pensaba Lutero que la sociedad nada tenia que ver con la cuestion de las obras para la justificacion? No: la carta de Santiago no es una *epístola de paja*, es una epístola eminentemente social, y al menos debió respetar como ciudadano lo que destruía como apóstata.

Por último; el Materialismo, el Ateismo y demás sectas incrédulas é impías que niegan el órden sobrenatural y que hemos comprendido bajo el nombre genérico de Filosofismo, dicho se está que para ellas no hay otra vida, y por consiguiente no hay gloria. «No es el cielo, dice Pascal (1), la «morada de los que dudan que su alma sea inmortal; estos «deben esperar solamente el infierno ó la nada.» Tal es á la verdad la vida y la conducta de esos desventurados, que no debe interesarles mucho que haya gloria. «Nada demuestra «mas la corrupcion y la vileza del corazon que el no desear «la verdad de las promesas eternas (2).»

(1) *Pensamientos.* (2) *Ibid.*

Es incontestable: donde está el deseo siquiera de que la religion cristiana sea verdadera, allí hay un fondo de honradez y de virtud; y donde está el deseo de que esta sublime Religion sea falsa, allí hay necesariamente un fondo de vicio y de perversidad. En el primero se descubre la voluntad de ser bueno y virtuoso; por eso busca el freno: en el segundo se descubre una decidida voluntad de ser malo y vicioso; por eso huye las trabas y busca la soltura.

#### *Reasumamos.*

Hemos terminado nuestro exámen analítico sobre las doctrinas del Cristianismo contenidas en el texto del *Catecismo católico* principiando por las virtudes teologales, y concluyendo con los novísimos. Habiendo considerado estas doctrinas con relacion á la felicidad temporal y á la dignificacion del hombre y de la sociedad, hemos hallado en todo la abundancia para el pobre, el consuelo para el desgraciado, el amparo para el desvalido, para el affigido el consuelo, un padre para el huérfano, y un protector para el subyugado. En todo hemos advertido una marcada y constante tendencia á retraer al hombre del crimen é impelerle á la virtud, una solicitud y un anhelo incesante porque se incline á lo sublime, á lo elevado, á lo digno, y huya de la vileza y de la degradacion: hemos visto que todo tiende á enaltecer al hombre y á elevar y dignificar su carácter: hemos visto en todo ello un poderoso antídoto de la calamidad, un cordial universal que cura todos los males, desgracias y contratiempos de esta vida miserable, el bálsamo benéfico que las suaviza y mitiga, y el escudo contra el cual se estrellan; y hemos visto, en fin, que todo propende á hacer feliz al hombre y por unos mismos medios acá como allá, en esta vida lo mismo que en la otra; así como á consolar, pacificar y hacer dichosa la sociedad.

Aduciendo despues en paralelo en cada uno de los capítulos al Catolicismo con el Protestantismo y el Filosofismo, y examinando la respectiva accion é influencia, hemos evidenciado que el Catolicismo es el terreno propio, natural y verdadero donde las doctrinas cristianas dan tan preciosos frutos; como que el Catolicismo es el Cristianismo puro tal como lo instituyó su Autor divino. Hemos evidenciado que